

LA FRONTERA VACIA: HACIA NUEVAS FORMAS DE VALORIZACION TERRITORIAL EN AMERICA LATINA

*Carlos E. Reboratti **

Introducción

La expansión agraria en América latina clásicamente se ha enfrentado con el problema, simple pero no comúnmente analizado, de la dimensión espacial de esta actividad. La producción agraria se desarrolla en una superficie bidimensional dada y para aumentarla, o bien esta superficie debe ser ampliada, o bien la intensividad de la producción debe crecer. Esta segunda opción, típica de los países más desarrollados -mucho más densamente poblados, y donde los territorios han sido íntegramente ocupados- ha sido poco utilizada en nuestro continente que padece, por así decirlo, del problema de la extensión y la baja densidad de ocupación. De esta forma, la ampliación del territorio o los cambios de uso hacia producciones más intensivas van siempre por adelante de la adopción de tecnologías más intensivas que no impliquen un cambio de uso del suelo, como forma de crecimiento agrario.

Esta expansión espacial o el proceso de cambio en el uso del suelo, han recibido en general en América Latina el nombre de "frontera agropecuaria", aludiendo al cambio brusco en la organización espacial hacia estructuras productivas más intensivas, que en un espacio bidimensional se traducen como "ondas" o líneas de avance de un uso sobre otro (Monbeig, 1966).

Estas fronteras, muy comunes en toda la historia regional (Hennessy, 1978), formaron la base territorial y económica para buena parte de las economías agroexportadoras del área, y se mantuvieron activas hasta los tiempos actuales, si bien con distintas características.

Las fronteras fueron en un inicio espontáneas, en todo caso ayudadas por la acción estatal dirigida a la estructuración definitiva de los territorios y la ocupación de éstos (tal fue el caso, por ejemplo, de la llamada Conquista

** Instituto de Geografía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.*

del Desierto en Argentina). Más adelante, fueron los Estados, interesados en ocupar y organizar su espacio, y además acrecentar su producción agrícola, los que planificaron y promocionaron el avance de la frontera. En una última etapa, como veremos, fronteras planificadas y espontáneas tendieron a confundirse.

La persistencia del fenómeno de la frontera está ligado más modernamente a la aparición de nuevas formas de producción agraria en ese ámbito. Este trabajo intenta explicar uno de estos fenómenos, el de la expansión fronteriza basada no en el asentamiento de población, sino en la producción empresarial de granos, tomando como ejemplo lo sucedido en el noroeste de Argentina en los últimos veinte años. Para introducirnos en este complejo tema, hace falta primero hacer una breve revisión de la frontera agropecuaria, su evolución y sus formas.

LA FRONTERA: UNA INTRODUCCION

Fronteras Espontáneas

A partir de mediados del siglo XIX, con la consolidación territorial de los diferentes Estados en América Latina, las fronteras agropecuarias podían dividirse en dos tipos: las espontáneas y las planificadas.

Las fronteras espontáneas resultaban de movimientos de población en busca de nuevas tierras para la expansión, al estilo del clásico ejemplo de la colonización antioqueña en Colombia (Parsons, 1946), que a partir de una zona densamente poblada se dirigían a las áreas menos ocupadas, o directamente vacías, deforestaban y comenzaban la producción, primero para el consumo propio, luego para el mercado regional y muchas veces luego integrándose a los mercados agrícolas nacionales o internacionales. En prácticamente todos los países de América Latina ha habido movimientos de este tipo, conformando fronteras a veces dinámicas, a veces muy lentas, pero siempre complejas, violentas y con grandes conflictos sociales.

En muchos casos, el grado de espontaneidad de estas fronteras fue relativo: en el caso del Brasil, por ejemplo, el avance de la frontera resultaba del avance sucesivo de campesinos sin tierras que se encargaban del desmonte y la producción de subsistencia, reemplazados luego por colonos o empresarios que se adueñaban de la tierra, conformando una verdadera oleada que penetraba cada vez más hacia el Oeste (Waibel, 1955). Aquí aparece con bastante claridad una estrategia de ocupación de las tierras

nuevas de un capitalismo agrario en expansión, más que un simple problema de migraciones espontáneas.

Muchas veces también la frontera agraria espontánea fue el resultado de colonizaciones planificadas que no pudieron mantener un ritmo de crecimiento que controlara a la inmigración o al propio crecimiento vegetativo de la colonia. Desde ese punto de vista, desde el siglo pasado en América Latina se vienen repitiendo los casos donde el Estado, después de planificar un asentamiento, es incapaz de asumir la dinámica del mismo (Eidt, 1971).

Fronteras Planificadas

Las fronteras planificadas, manejadas en su mayor parte por los Estados nacionales o provinciales, estaban asociadas a la idea de la colonización; la migración ya sea de extranjeros o de nativos provenientes de otros lugares; la reproducción de sistemas agrarios casi siempre basados en la idea del farmer; la distribución de la tierra en unidades relativamente pequeñas y la producción de cultivos para el mercado interno, regional o a lo sumo nacional. Los ejemplos más antiguos de América Latina indican que este esquema tenía posibilidades de relativo éxito: la colonización del sur del Brasil, de Misiones, el Chaco, los valles de riego de la Patagonia en Argentina y la colonización alemana en el sur de Chile, prometían un esquema exitoso, con pocos conflictos sociales y capacidad para integrar rápidamente a la sociedad central las áreas geográficamente marginales.¹

El éxito de algunos casos, y la existencia de tierras baratas y mercados agrarios en expansión, llevó a que aparecieran también colonias planificadas por la empresa privada, a veces con finalidades religiosas, ideológicas o sociales (por ejemplo, la colonización judía en Argentina, alguna colonización de socialistas utópicos en Paraguay, o los grupos menonitas en varios países). Pero muchas veces el fin era pura y simplemente la especulación de tierras, la estructuración de sistemas de atracción de inmigrantes, y el control más o menos encubierto de los sistemas de producción agrícola (Dosier, 1956).

Pero este esquema poco a poco se fue agotando: por una parte desaparecieron prácticamente las corrientes inmigratorias que estuvieran interesadas en la colonización, las tierras fiscales menos problemáticas (las ubicadas en tierras templadas) se agotaron, los países tuvieron que enfrentar problemas más graves que los de la planificación de colonias y, además, en los últimos tiempos en la expansión territorial apareció un competidor

temible: la gran empresa agropecuaria.

En el caso de Misiones, por ejemplo, las colonias agrícolas, de lento y dificultoso crecimiento, se vieron sobrepasadas por la dinámica de los grandes latifundios dedicados a la producción de pulpa de papel mediante la explotación de bosques implantados. En el de la colonización del sur de Brasil, la acción estatal se vio sobrepasada por las empresas cerealeras dedicadas al trigo y a la soja (Campal, 1977).

Los sistemas de colonización al viejo estilo quedaron circunscriptos a pocos lugares: el eje oriental paraguayo, algunos proyectos en Venezuela, las tierras altas de Costa Rica y, fundamentalmente, las nuevas áreas de la cuenca amazónica abiertas a la colonización por el plan de ampliación de rutas de la década del 70 (Mueller, 1980). Pero aún en estos casos, la posibilidad de realizar algún tipo de planificación efectiva parece muy remota, y los viejos ideales de la colonia agraria bastante alejados de la realidad².

El impulso a estas formas de expansión agraria estuvo dado en un primer momento por la propia ideología liberal del progreso, extendida entre los gobiernos de América Latina desde mediados del siglo pasado. Desarrollar el país era poblar las áreas vacías, expandir la agricultura, atraer inmigración para formar las colonias, en suma, "modernizar".

Cuando los factores objetivos que permitieron este tipo de desarrollo (comercio exterior en expansión, flujos migratorios extranjeros, tierras libres y en poder del Estado) se fueron acabando, también lo fueron los planes de colonización. Sin embargo, y con singular fuerza después de la Segunda Guerra Mundial, la idea retomó validez a través de los intentos de diversos organismos de financiación internacional, preocupados por ordenar de alguna manera el crecimiento aparentemente caótico del sector rural de América Latina, y frenar o evitar la creciente ola emigratoria del campo a las ciudades. Una de las formas de evitar este éxodo, o por lo menos reencausarlo, era dirigirlo a la frontera agraria, concebida a la manera turneriana como válvula de seguridad para evitar los desbordes sociales que traería el éxodo a los centros urbanos de la población que el campo ya no podía retener (Turner, 1953). El campo de aplicación predilecto fue el borde occidental de la cuenca amazónica: a partir de la década del 50, todos los países andinos comenzaron a dirigir su atención hacia el interior, tras las montañas. Se trataba de un área aparentemente vacía (la eventual presencia de la población indígena nunca fue un obstáculo para la frontera, muchas veces sanguinaria), con una gran riqueza potencial (no confirmada posteriormente) (Meggèrs, 1976), y que permitiría trasladar la población de los Andes, densamente poblados,

empobrecidos y sin futuro, a estas nuevas tierras, ocupando de paso un área "que algún país vecino podría pretender ocupar".³ Los expertos comenzaron a planificar, el dinero comenzó a llegar, los caminos se pensaron, se dibujaron y a veces se construyeron, las colonias se diseñaron y todo parecía estar listo para la gran ocupación, la fenomenal carrera de la frontera agropecuaria. Pero algo comenzó a fallar: los colonos, cuando llegaban, no parecían muy dispuestos a cumplir lo que los planes decían, y estaban más interesados en reproducir su cultura campesina. Los productos, cuando podían ser sembrados, eran arrasados por las lluvias tropicales, destruidos por las plagas y, cuando llegaban a ser cosechados, no podían llegar a los mercados. Y, para colmo de males, la tierra tropical, que parecía tan fértil, a los pocos años de ser desboscada comenzaba a perder productividad (Odell y Preston, 1973). Los colonos comenzaban a emplearse fuera de las colonias, se asalariaban, abandonaban sus tierras. Nada parecía predecir el éxito de la colonización tropical en Perú, Bolivia, Ecuador o Colombia, y cuando algún caso aislado parecía promisorio, resultaba de una colonización espontánea y nada tenía que ver con la planificación.

La frontera ilegal

Pero la frontera occidental amazónica no había desaparecido: hacia mediados de la década del 60, la aparición de un producto de altísima rentabilidad, la coca, modificó totalmente el panorama de la frontera agropecuaria: ésta se dinamiza, pero paradójicamente la producción que se realiza es ilegal. Los campesinos emigrados desde las tierras altas, ante la disyuntiva de plantar algunos de los productos tradicionales (maíz, mandioca) de mercadeo difícil, precios oscilantes y generalmente bajos, o implantar coca, un cultivo técnicamente fácil, nativo de las áreas y por lo tanto sin problemas de adaptación, y sobre todo, de gran rentabilidad, no tardan mucho en elegir esta última (Blanes, 1982). El crecimiento del narcotráfico en América Latina tiene su base en la expansión del cultivo de coca en estas zonas, desde Colombia a Bolivia. Los intentos por parte de los diferentes estados por combatir esta expansión son infructuosos, en buena medida porque los mismos gobiernos son incapaces de ofrecer a los campesinos una alternativa productiva similar. En algunos casos, como en Bolivia, las amenazas de represión por parte del gobierno incluso son respondidas con movilización de las organizaciones campesinas, interesadas en mantener una fuente de trabajo e ingreso.

La frontera se expande, pero es mancada por los intereses ilegales. Los pioneros que antes eran el ideal de todas las agencias internacionales,

valientes, pujantes, sufridos y muy trabajadores, son ahora delincuentes (Morales, 1989).

LA FRONTERA VACIA

Pero hay otro caso, nuevo en América Latina, y contrapuesto al viejo esquema de la frontera como sistema de asentamiento de población y es el de la expansión de la frontera impulsada por la gran empresa agrícola. Hay varios casos relevantes en América Latina de esta nueva frontera, y como ejemplo analizaremos el de la expansión de los cereales en el noroeste de la Argentina, desde la década del 60.

En el área que fue objeto de estudio, de 98.000 hectáreas cultivadas en 1965, se pasó a 560.000 diez años más tarde. Esta expansión, que todavía continúa, y a gran velocidad, fue el resultado de la compleja interacción de una serie de factores, algunos estructurales y otros coyunturales, que actuaron en conjunto.

El escenario: el Umbral del Chaco

En el noroeste de la Argentina existe una zona de contacto entre dos áreas naturales muy disímiles: las montañas andinas y la llanura chaqueña. Este cambio brusco de un ambiente seco, cálido y llano, a otro de relieve muy quebrado, alto y frío, genera lo que se conoce en ecología como un ecotono (esto es, una zona de transición), donde se combinan características de ambos ambientes. Este ecotono, localmente conocido como el Umbral del Chaco, es una franja relativamente angosta (unos 80 kilómetros) y alargada, recostada sobre los Andes, y con una superficie de aproximadamente 100.000 km².

Es una zona llana y baja en su borde este, que se va elevando y quebrando hacia el oeste, y esa transición de relieve está acompañada con una transición climática: hacia el oeste, de un clima semiárido vamos pasando a ambientes de mayor humedad, hasta llegar al máximo en el borde montañoso. Las lluvias se concentran en verano, y esta modalidad de distribución intraanual está acompañada por otra de gran variación interanual: años de sequía se combinan con años húmedos, en un ritmo impredecible, por lo menos para el nivel actual de conocimiento.

Relieve y clima dan como resultado una vegetación de transición: el bosque seco y espinoso típico del Chaco, se transforma en el borde de las montañas en una selva frondosa y rica. Ambos ambientes son ahora más

teóricos que reales: años y años de explotación maderera y ganadera los han degradado fuertemente.

Tal vez una de las características más particulares del área para la producción agrícola sea la existencia de un riesgo constante, proveniente por una parte de la antedicha variabilidad interanual de las precipitaciones, y por otra por un período relativamente largo con peligro de heladas. Estas se ubican al final del período de lluvias de verano, y limitan la potencial producción agrícola a una temporada muy corta. Por ejemplo, la producción de porotos tiene solamente 100 días de duración entre la siembra y la cosecha. El resto del año la producción agrícola a gran escala es muy difícil, salvo para algunos productos muy específicos (cártamo, por ejemplo) que utilizan la humedad residual del suelo.

Históricamente, el Umbral del Chaco fue un área de paso entre Tucumán y el Alto Perú, sin gran potencial dadas la tecnología y los mercados del momento, habitada por grupos indígenas belicosos que recién hacia fines del siglo XVIII pudieron ser reducidos y empujados al interior del Chaco. La pacificación del área trajo el primer empuje de la frontera agropecuaria, corporizada en la aparición de enormes haciendas ganaderas, que utilizaban tierras cedidas por la corona, y realizaban una actividad sumamente extensiva, localmente conocida como ganadería de monte.

Esta consiste en el aprovechamiento de las características climáticas y botánicas del área para la cría de ganado criollo. Este es abandonado en el campo, donde se alimenta de las pasturas locales -sobre todo los pastizales entremezclados en el bosque, y ocasionalmente las hojas tiernas de los árboles- y bebe de las aguadas naturales durante la época húmeda (el verano), disperso sobre el bosque. La llegada de la época seca concentra a los animales alrededor de los pocos pozos de agua que subsisten, que es el momento que aprovecha el ganadero para marcar los animales, apartar a los que van a ser sacrificados y contar su rebaño. La llegada del verano significa nuevamente la dispersión de la hacienda. Esto, como se puede ver, es mucho más un sistema de cría de animales silvestres que una forma de manejo de ganado. La calidad de los animales es ínfima, hay gran mortandad y el estado sanitario es pésimo. Esto es balanceado por el costo de inversión para este tipo de producción, cercano a cero, dado que no hay alambrados, ni pasturas ni introducción en nuevas razas, y la mano de obra ocupada es muy poca.

En el caso del Umbral del Chaco, este ganado se dedicaba al mercado regional, y más tarde al consumo de los mineros chilenos de los salitrales, a los cuales se accedía con la hacienda en pie, cruzando los Andes. A partir de fines del siglo pasado, a ese mercado se le sumó el que lentamente fue

conformando la actividad azucarera en Tucumán y Salta, que al concentrar gran número de trabajadores para la zafra devino un importante consumidor de alimentos.

Esto no modificó el tipo agrario dominante -la extensa hacienda ganadera- pero intensificó el uso de la tierra mediante la multiplicación del rebaño. Esto trajo una fuerte presión sobre los recursos naturales, y sobre el equilibrio ecológico local, naturalmente inestable.

Por otra parte, y a partir de fines del siglo XIX, la rica vegetación del borde occidental del Umbral del Chaco comenzó a ser explotada para la producción maderera, a través del sistema de obrajes. En el sector norte del Umbral del Chaco, esta actividad era casi exclusiva, dado que las condiciones ecológicas y la lejanía de los mercados no permitían la existencia de ganadería comercial. En los sectores del sur y del centro, en cambio, ganadería y actividad forestal se combinaron, y dieron como resultado una grave devastación ambiental.

Para mediados de este siglo, el panorama que presentaba el Umbral del Chaco era desolador: la tierra destruída, la vegetación esquilhada, los pocos pueblos deshabitados y la tierra distribuída en grandes porciones, entre ganaderos ausentistas y despreocupados. El valor de la tierra, teniendo en cuenta sus usos potenciales en ese momento, era muy bajo.

Pero en la década del 60, este uso potencial cambió, por la aparición de varios factores que modificaron la situación, dando pie al proceso de expansión agrícola. Sin embargo, éste tuvo características disímiles dentro del Umbral, por las diferentes situaciones locales y el distinto peso que adquirieron estos factores en cada lugar y en cada momento.

Factores y formas de la expansión agrícola: Tucumán y el sur de Salta

Tradicionalmente el noroeste de la Argentina sólo se había podido asimilar al desarrollo del país a través de la producción de algunos y muy específicos productos (caña de azúcar, tabaco, frutas, algunos minerales, petróleo) que por lo general requerían un bajo nivel de transformación local, generaban poco valor agregado y este acumulaba riqueza en forma muy concentrada. Esto en parte se debía a los problemas de competencia con áreas del país con mayor potencial para la producción agrícola; a un sistema de concentración de decisiones y también a los altos costos de flete para los productos locales para llegar a los centros de consumo y exportación.

Pero a mediados de la década del 60, el mercado mundial de granos comenzó a reestructurarse, y en la coyuntura algunos nuevos productos adquirieron un precio relativamente alto. Entre estos, hubo dos de particular interés en nuestro caso: la soja y el poroto. Mientras que en la región pampeana los productores se aferraban a los granos tradicionales (trigo y maíz) las posibilidades de producción de soja fueron aprovechadas en la provincia de Tucumán. Esta, una zona tradicionalmente cañera, sufrió una crisis de sobreproducción muy fuerte hacia 1966, que llevó a muchos productores a tratar de diversificar su actividad. Para esto aprovecharon la existencia en el este de una zona de ganadería extensiva, muy deteriorada tal como la hemos descripto, con tierras por ende baratas, con una red de infraestructura relativamente eficiente, un mercado abierto para la soja, una tecnología no conocida en la región pero sí obtenible en la pampeana y, además, el comienzo de un ciclo húmedo que permitía la expansión del secano hacia el este. De 2.000 hectáreas sembradas en 1965 se pasó a 12.000 en 1968; 24.000 en 1975 y 95.000 en 1984 (Farber Truccone, 1987).

Este fue el primer proceso de expansión de la frontera agropecuaria con cereales en el noroeste, llevada a cabo por productores de todos los niveles (algunas colonias de medianos productores, antes azucareros, cambiaron sus cultivos por la soja y se mezclaron con comerciantes tucumanos y los ya mencionados grandes cañeros) y que se basó en un factor no lo suficientemente analizado: el soporte ambiental. En pocos años el sistema ecológico, ya muy deteriorado, y agredido ahora por el desmonte masivo y la introducción de tecnologías propias de las zonas templadas, comenzó a decaer (Zucardi, 1986). Los rendimientos decrecieron, se alternaron años secos con años húmedos, y el frente cambió de dirección, desviándose hacia la vecina provincia de Santiago del Estero, donde continuó su expansión, si bien en una situación de muy alto riesgo por la irregularidad de las lluvias y el peligro de las heladas.

Por la misma época, un poco más al norte se producía un proceso que, si bien se enmarcaba en un avance fronterizo, tenía algunas diferencias.

En el sur de Salta, combinada con la hacienda ganadera, subsistía desde principios de siglo una colonia de españoles, dedicados a la producción del poroto, un producto que habían introducido desde su país natal (aunque era originario de América), y cultivaban en pequeña escala, primero para la subsistencia y más tarde para llegar al mercado regional.

El conocimiento de este producto, su súbito aumento de precio en el mercado internacional, y la posibilidad de ampliación sobre las casi abandonadas estancias del este, gatillaron la frontera agrícola: en pocos años

la producción se multiplicó, los colonos agrandaron sus campos, y comenzó un rapidísimo proceso de acumulación por parte de éstos. En este caso se trataba de un producto de mucho mayor precio que la soja, con una tecnología diferente, y que sobre todo necesitaba una cierta cantidad de mano de obra en momento de la cosecha. Esto diferenció al proceso del sur de Salta del de Tucumán: el avance fue más lento, depredador del ambiente pero con mayor capacidad de producción, basado en pequeños y medianos productores, y que generó un proceso de acumulación que se reinvertió mayormente en la zona, a través de la expansión hacia el este comprando más campos, la construcción de viviendas en la zona urbana que actuaba como centro del área, y la adquisición de maquinarias y vehículos (León et al., 1983). De 10.000 hectáreas cultivadas a principios de la década del 60, se pasó a 120.000 a fines del 70, para bajar a 80.000 en 1984.

Este proceso se apoyó en una serie de acciones tomadas por el Estado que, directa o indirectamente, ayudaron al avance de la frontera. Estas acciones fueron fundamentalmente el mantenimiento de un crédito barato para la compra de maquinarias, y la creación de créditos para las tareas de desmonte. La primera permitió a los productores adquirir maquinaria moderna, en algunos casos en cantidad y nivel muy por encima de las posibilidades reales del área. La segunda les permitió encarar uno de los costos mayores de la expansión agrícola: la preparación del terreno a partir del bosque chaqueño, que incluye la tarea de desmonte -realizado antes a mano, y ahora con maquinarias pesadas-, desraizado, quemado y emparejado.

Aquí aparecieron las primeras expresiones de una forma de avance fronterizo que luego sería predominante, lo que podríamos llamar la frontera empresarial. Poco a poco, el peso de la dinámica del proceso de expansión comenzó a recaer en los grandes productores ya que la expansión adquirió desde un principio un perfil de racionalidad que inevitablemente llevaba a la concentración de la producción. Esta racionalidad estaba basada en lo que podríamos llamar la ecuación tierras baratas / tecnología agresiva / recursos ambientales inestables / altos precios de productos, lo que daba como resultado la capitalización rápida y la amortización veloz de los costos inmobiliarios, pero también la destrucción de la base natural productiva. El resultado de esta racionalidad fue que, para que el proceso fuera eficiente, el productor debía disponer de un capital de tierras muy grande, mucho mayor que el que efectivamente utilizaba. Esto le permitía renovar continuamente su área de producción, abandonando la tierra a medida que ésta bajaba sus rendimientos (unos ocho años al nivel de tecnología comúnmente utilizado) y poniendo otras tierras a producir (en realidad, repetía en pequeña escala el caso de la llamada frontera huceca del café en Brasil).

Pero esta misma racionalidad, llevada a los pequeños o medianos productores, resultaba en una destrucción rápida del sistema natural, el abandono de los campos y la concentración de la producción entre pocos, dado que el tamaño mínimo de establecimiento que permitía un manejo de este tipo está muy por encima de las superficies disponibles por los pequeños productores, y estos, agotados los campos, no tenían más remedio que abandonar la producción.

Otro resultado de esta racionalidad, es la adopción de un patrón de organización territorial y social totalmente diferentes a la vieja frontera de colonización. Aquí lo que se busca es la eficiencia productiva del campo, y no su poblamiento. Los productores -aún los más pequeños- evitan utilizar el campo como lugar de residencia, y el cortísimo ciclo vegetativo de los cultivos hace que en la mayor parte del año la tierra se encuentre desierta. En cambio florecen los centros urbanos, utilizados como lugares de concentración de servicios técnicos y financieros, lugar de habitación de los trabajadores y área de ubicación de las tareas post-cosecha.

En algunos casos los centros urbanos ya existen, como es el caso de la ciudad de San Miguel de Tucumán para la expansión de la soja, o Rosario de la Frontera y Tartagal para la frontera más al norte. En otros lugares, donde no existen centros urbanos previos, éstos aparecen como el resultado del cambio en la actividad de la zona. El caso más claro es el de Las Lajitas, sirviendo a la zona central, que entre 1970 y 1980 creció de 800 a 4.300 personas.

Las propias condiciones naturales del sur de Salta, una zona ondulada, con alto riesgo de pérdida de cosecha por heladas o por falta de lluvias, y muy presionada por la heterogeneidad de la estructura agraria que llevaba la frontera, hicieron que la frontera tuviera un ciclo corto. La dinámica de ésta se desplazó hacia el norte, a la zona de Anta, y más tarde traspasó el trópico. Pero en cada caso la situación fue cambiando, y los actores aprendiendo de la anterior experiencia.

Llevada por su propia racionalidad, la dinámica de la frontera se va desplazando, lo que no quiere significar que las áreas anteriores se abandonen, sino que crecen más lentamente. Lo que se podía preveer en el sur de Salta, se confirma en los casos posteriores, y la empresa reemplaza al farmer como actor principal de la frontera. Si el promedio de tierras cultivadas en Tucumán era de 550 hectáreas, el de Anta, en la zona central es de 1800 y el de Tartagal 1400.

Anta y Tartagal: las empresas en la frontera

Si bien la expansión de la producción agrícola hacia el norte de Salta, fue iniciada por los mismos productores capitalizados del sur de esa provincia, necesitados de nuevas tierras y menores riesgos climáticos, éstos en poco tiempo comenzaron a competir con empresas originadas fuera de la región, en Buenos Aires y en el exterior, atraídas por la posibilidad de obtener una buena rentabilidad. Esto en parte fue promovido por el Estado, que a fines de la década del 70 promulgó una ley de fomento de las tierras áridas y semiáridas, que preveía una exención impositiva a las empresas que adquirieran tierras en estas condiciones y las pusieran en producción. Esto atrajo al área una buena cantidad de empresas, (unas 66, cubriendo más de 135.000 hectáreas) que solas o formando asociaciones, compraron las viejas tierras ganaderas y obrajeras, y comenzaron una feroz tarea de desmonte a gran escala. Hubo empresas que desmontaron en un par de años más de 12.000 hectáreas, y este proceso aún continúa.

Para tener una idea de la magnitud del desmonte, se pueden comparar las cifras obtenidas del análisis de las imágenes satelitarias en 1973 y doce años más tarde, en 1985. En el primer caso el desmonte en el Umbral del Chaco alcanzaba a las 452.000 hectáreas; en 1985 ésta superficie era de 1.400.000 hectáreas, es decir, 950.000 de diferencia. (Mapa 1)

La lección para los productores de la frontera del caso del sur de Salta, con su secuela de depredación y pérdida de rendimientos, fue bien aprendida. Tanto en el caso del centro del Umbral (la zona de Anta) como más claramente en el sector norte (Tartagal) las empresas fueron más cuidadosas con el manejo ambiental; adoptaron técnicas conservacionistas (por supuesto, dentro de los límites que se imponían para lograr una alta rentabilidad de la producción) ayudadas por una topografía más fácil y condiciones climáticas más estables. Además, abandonaron la idea del monocultivo que había sido uno de los problemas del sur, y ampliaron el espectro de los cultivos posibles a la soja, el maíz y como alternativa para el invierno el cártamo. Esto posibilita una rotación en el uso de la tierra, menor en productividad si se analiza a corto plazo vis a vis la monoproducción de poroto, pero mayor si el análisis incluye la degradación de la tierra y se hace para un período más largo. Incluso algunas utilizan la ganadería intensiva o semi-intensiva como elemento alternativo de rotación, aprovechando la falta de carne en el mercado regional y los altos precios del vacuno.

Estas empresas introducen tecnología de avanzada -todavía de origen pampeano en su mayoría- que en buena medida es el reflejo en la Argentina de la Revolución Verde de los años 70. Manejan el corto y mediano plano,

compiten y presionan por los precios y se informan de ellos desde sus oficinas en Buenos Aires o Nueva York, y eligen de acuerdo a esa información las alternativas productivas, aprovechando con flexibilidad el hecho de trabajar a contratemperada del hemisferio norte.

Pero estas empresas y esta frontera agraria no tienen nada que ver con el viejo ideal de la colonización: en el campo sólo hay tractores y cultivos, pero no hay gente, el trabajo familiar típico de los colonos no existe, porque tampoco existe el productor como un personaje detectable: los campos están manejados por técnicos que responden por radio a las oficinas ubicadas a 2.000km.

El trabajo es totalmente asalariado y temporal, los grandes productores eligen el utilizar para la cosecha del poroto hombres o máquinas según sea el precio relativo de cada uno, los obreros agrícolas viven en las ciudades o en los pueblos cercanos, y son trasladados todos los días al campo o, en épocas de más trabajo, se instalan en casillas rodantes. Pero los cosecheros no son tan afortunados: provenientes de Santiago del Estero, o indígenas de las misiones cercanas, viven en las franjas de selva no cortadas para funcionar como paravientos, en miserables ramadas techadas con chapas, realizando un trabajo duro, a 50 o 60 km. del pueblo más cercano, y dependiendo del productor para abastecerse de agua y alimentos.

Esta nueva fase del proceso de avance de la frontera parece tener un futuro promisorio: existe todavía una gran reserva de tierras, los precios de los productos se mantienen o aumentan, la oferta de mano de obra excede la demanda y puede ser reemplazada sin mayor esfuerzo por tecnología. Las técnicas conservacionistas mantienen un alto nivel de productividad en los cultivos (la soja, por ejemplo tiene rendimientos que duplican a la región pampeana).

El peso cada vez mayor de los productos de la región en el mercado de cereales va estructurando una red de acopio y distribución que mejora la eficiencia de comercialización de la producción. El único punto débil parece ser el climático: ¿hasta cuándo durará este ciclo húmedo? El problema estriba en que en realidad se ignora si se trata de un fenómeno coyuntural, estable o cíclico. Esta incertidumbre, asumida por los productores del área es también lo que impulsa hacia una diversificación del uso de la tierra.

El efecto de esta nueva frontera en la sociedad es notable: por una parte, es una frontera que al avanzar, en vez de poblar despuebla. En todos los casos de la frontera agraria en el Umbral del Chaco, el desplazamiento de la hacienda por la gran empresa agraria significó la emigración de la poca

población que habitaba en las áreas rurales y que no fue reemplazada por otra, sino por tractores. Entre 1970 y 1980, el área perdió no menos de 35.000 habitantes rurales, y en cambio vio crecer a muchos centros urbanos. Por otra parte, es una frontera que no tiende a los míticos ideales democráticos y distributivos de las fronteras de principios de siglo, sino que es un proceso abiertamente capitalista, tendiente a formar una masa de asalariados que se mantienen como reserva y con los cuales, al contratarse como temporarios no se concreta relación estable alguna. La riqueza tiende a concentrarse y, en los casos que se analizaron en Anta y Tartagal, tampoco es retenida en la región, sino que se dirige a los centros de poder. Tampoco la tierra se distribuye, sino que la vieja hacienda latifundista es reemplazada por la gran empresa capitalista, a lo sumo dividiendo en dos o tres partes al viejo latifundio.

La frontera continúa su expansión, en su nueva fase de abierto desarrollo capitalista, olvidada de la colonización, la utopía agraria y la frontera poblada por los pioneros.

Este crecimiento está basado también en un proceso de formación de reservas de tierras y desmontes constante. Por ejemplo, entre 1975 y 1985 se desmontaron 900.000 hectáreas pero sólo se ocuparon con cultivos 400.000, y todavía quedan sin desmontar y con aptitud no menos de 2.000.000 de hectáreas.

Conclusiones

Todo parece indicar que nos encontramos ante una nueva forma de la expansión agrícola en América Latina. Que le demos a este fenómeno el nombre de modernización, o el más claro de expansión del capitalismo no oculta la crudeza del fenómeno desde el punto de vista social, económico y ambiental. Es un proceso dirigido fundamentalmente a la ampliación de la producción agrícola y la obtención de resultados económicos rápidos, balanceados contra un manejo de los recursos que no contempla su preservación a largo plazo, y sólo su mantenimiento como sostén productivo por un lapso que supere el período de amortización del capital. Socialmente es un paso más del proceso de proletarización de la población rural y resulta en su concentración en las ciudades, dejando librados a éstas los problemas de reproducción de la mano de obra rural. En las actuales condiciones en que se desarrolla la producción agrícola en América Latina, y más específicamente en las áreas de revalorización territorial, el proceso no parece tener límites: los estados nacionales no han tomado el tema como prioritario, y los gobiernos locales, cuando existen, son incapaces de balancear los beneficios impositivos generados por los nuevos establecimientos con los

problemas ambientales y sociales que generan. La contradicción interés empresarial vs. interés social aparece nítida y no resuelta.

RESUMEN

La ocupación de tierras nuevas en América Latina, a través del proceso de ampliación de la frontera agraria, ha tenido muchas variantes a lo largo de la historia moderna de este continente: fronteras espontáneas, planificadas, rápidas, lentas, etc. Pero en los últimos años ha aparecido una nueva forma de frontera, ya no ligada a la concreción de un ideal de distribución de tierras y riqueza entre colonos, sino a la ampliación de la producción agrícola masiva vía la ocupación de tierras antes poco utilizadas. El trabajo se basa en el ejemplo de la notable expansión de la producción de soja y poroto en el Umbral al Chaco del Noroeste argentino, donde en quince años las grandes compañías productoras desmontaron más de 1 millón de hectáreas, en tierras ambientalmente inestables, para dedicarlas a esa producción.

ABSTRACT

The settlement of new lands through the movement of the agricultural frontier had many ways: spontaneous movements, planned colonization, hollow frontiers, etc. But recently a new kind of frontier developed, linked not to the old ideals of land and wealth distribution among the frontiersmen, but to the expansion of massive grain production by the agribusiness. This paper takes as an example the uncommon development of soya and bean production in the Chaco border of northwest Argentina. There, between 1970 and 1985, large land companies deforested more than 1 million hectares in an unstable environment for grain production.

NOTAS

1. El tema de la planificación de la frontera agropecuaria a través de los planes de colonización ha sido ampliamente estudiado en América Latina. Para una bibliografía sobre el tema, ver Canadá, 1960; Lynn Smith, 1969 y Reboratti, 1990.
2. Dentro de la gran producción bibliográfica sobre el tema, se puede consultar CEPAL-PNUMA, 1983; Kohalhepp y Schrader, 1987; Aubertin, 1988.
3. Sobre este tema la bibliografía en el ámbito académico debe ser rastreada fundamentalmente a través de la producción de los evaluadores y promotores de la expansión sobre la cuenca amazónica. Entre otros, se puede consultar a Nelson, 1973; FAO, 1961; Lewis, 1964 y Crist y Nissly, 1973.

BIBLIOGRAFIA

- AUBERTIN, C. (COMP.), 1988 *Fronteiras*, U. de Brasilia - Orston, Brasilia.
- BLANES, J. y FLORES, G.C., 1982, *Campeño, migrante y colonizador*, Ediciones CERES, Serie Estudios Regionales 3, La Paz.
- CAMPAL, E.F., 1977 "La soja en Brasil: balance de un ciclo agrario explosivo", en *Cahiers du Monde Hispanique et Luso Brasilien (Caravelle)*, 28.
- CANADA, 1960 *Colonization and settlement in the Americas. A selected bibliography*, Geographical Branch Bibliographical Series 25.
- CEPAL-PNUMA, 1983 *Expansión de la frontera agropecuaria y medio ambiente en América Latina*. NU-CIFCA, Madrid.
- CRIST, R.E. y Nissly, C.M., 1973 *East from the Andes: pioneer settlement in South American heartland*, University of Florida Press, Gainesville.
- DOZIER, C.L., 1956 "Northern Parana, Brazil: an example of organized regional development", en *Geographical Review*, 46/3.
- EIDT, R.C., 1971 *Pioneer settlement in Northeast Argentina*, University of Wisconsin Press, Madison.
- FAO, 1961 *La creación de nuevas unidades agrícolas*, Santiago de Chile.
- FARBER TRUCCONE, E. 1987 *El cultivo de granos en la Provincia de Tucumán*, Universidad Nacional del Tucumán.
- HENNESSY, A. 1978 *The Frontier in Latin American History*, Edward Arnold Publishers, Londres.
- KOHLHSP, G. y A. SCHRAOEN (COMP.), 1987, *Hombre y Naturaleza en Amazonia*, U. Tubingen-Adlar, Tubingen.
- LEON, C. et al., 1983 "El conflicto entre sociedad, ambiente y producción agrícola: el caso de la expansión agrícola en el sur de Salta", en *Desarrollo Económico*, 25/99.

- LEWIS, W.A., 1968 "Ideas sobre colonización", en Eicher, C. y Witt, L. La agricultura en el desarrollo económico. Ed. Limusa-Wiley, México.**
- LYNN SMITH, T. 1969 "Studies of colonization and settlement", en Latin American Research Review, 4.**
- MEGGERS, B., 1976 Amazonia, un paraíso ilusorio. Ed. Siglo XXI, México.**
- MONBEIG, P., 1966 "Les franges pionnières" en Geographie General, Encyclopedie de la Pleiade. Ed. Gallimard, Paris.**
- MORALES, S., 1989 Cocaine: white gold rush in Perú, The University of Arizona Press, Tucson.**
- MORELLO, J. y SARAVIA TOLEDO, C., 1959 "La ganadería y el bosque en el oriente de Salta", en Revista Agronómica del Noroeste, 3.**
- MUELLER, C.C., 1980 "La expansión de la frontera agropecuaria y el medio ambiente: la experiencia reciente de Brasil", en Sunkel, O. y Gligo, N. Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina, Fondo de Cultura Económica, México.**
- MULLER, D.K., 1986 "Colonizacao pionera no sul do Brasil: o caso de Toledo, Paraná", en Revista Brasileira de Geografia, 48/1.**
- NELSON, M., 1973 The development of tropical lands: policy issues in Latin America, John Hopkins University Press, Boston.**
- ODELL, P.R. y PRESTON, D.A., 1973 Economies and societies in Latin America: a geographical interpretation, John Wiley and Sons, Londres.**
- PARSONS, J., 1946 La colonización antioqueña en Colombia, Medellín.**
- REBORATTI, C., 1990 Fronteras Agrarias en América Latina en Geocrítica, 87, Barcelona.**
- REVEL MOUROZ, J. 1980 Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo mexicano, Fondo de Cultura Económica, México.**

TURNER, F.J., 1953 The frontier in American History, Ed. Holt and Company, New York.

WAIBEL, L.H., 1955 "As zonas pionciras do Brasil", en Revista Brasileira de Geografia, 17/4.

ZUCCARDI, R. et al., 1986 La expansión de la frontera agropecuaria y los impactos sobre el sistema edáfico, Tucumán, mimeo.